

emprender expediciones de piratería, y en ellas apresaron dos buques españoles, siendo así ellos los primeros agresores en el nuevo mundo. La grande escasez de alimentos y provisiones de todo género, hizo que estuvieran ya á punto de abandonar su establecimiento, cuando el desacreditado Sir John Hawkins, dedicado al tráfico de esclavos, vino á socorrerlos. Entre tanto, llegó Ribault en el mes de agosto, con abundante acopio de provisiones de todas clases.

Distaba mucho, sin embargo, la colonia de contar con perfecta seguridad.

Un valiente y generoso soldado, Pedro Melendez, obtuvo permiso del rey de España, Felipe II, para conquistar y ocupar la Florida, así como para arrojar de ella á los franceses, tanto por intrusos, como por herejes. «¡Muerte á los hugonotes!» era su clamor de guerra; y con trescientos

1565. soldados y unos dos mil voluntarios, zarpó de las costas de España la expedición en el mes de julio, y aunque debilitada por la violencia de una tempestad, Melendez no quiso detenerse en Puerto-Rico, sino que, ansioso de deshacerse cuanto antes de sus enemigos, dióse á la vela con rumbo á la costa de la Florida.

El caudillo español vió tierra el 28 de agosto, día de San Agustín, y á la ensenada y puerto en que entró dos días después, les dió el nombre de *San Agustín*. La ciudad que fundó allí con este nombre subsiste todavía, y aunque no muy grande y populosa, cuenta cuarenta años más de antigüedad que todas las demás de los Estados-Unidos.

No tardó mucho Melendez en dar con la colonia francesa. Al divisarle los que tripulaban las naves de Ribault cortaron repentinamente los cables, é hicieron á la mar; pero estalló un furioso temporal, y los buques franceses que habían salido para ata-

car á los españoles, se dispersaron y fueron arrojados á la playa.

Melendez partió por tierra de San Agustín, atravesando bosques y pantanos; sorprendió la fortaleza francesa, y acuchilló indistintamente á hombres, mujeres y niños. Algunos pocos se refugiaron en los bosques, y habiendo hallado dos pequeñas embarcaciones en el puerto, después de muchas y crueles penalidades, llegaron por fin á Bristol, donde desembarcaron. Empero, Ribault y sus compañeros de naufragio, casi pereciendo de hambre, se habían encaminado á la fortaleza, que encontraron ya en poder de los españoles. Fiándose en la palabra de honor de Melendez, se entregaron á él, siendo asesinados cerca de San Agustín, con circunstancias de la más repugnante barbarie, pues colgaron de un árbol muchos miembros mutilados de las víctimas, con la siguiente inscripción: «No se les castiga por franceses, sino por herejes y enemigos de Dios.»

Cuando se supo en Francia tan horrible ultraje, escitó la noticia un sentimiento general de pesar y de ira, no menos que un vehemente deseo de venganza. En vano invocaron á Carlos IX, dirigiéndole sus súplicas las viudas y los huérfanos de los que habían perecido, para que exigiese del monarca español pronta justicia contra los asesinos de sus vasallos.

Poco tardó en levantarse un vengador. Domingo de Gourgues, valiente gascon, resolvió sacrificar su persona, sus bienes y fortuna para conseguir el desagravio de un modo señalado y terrible. No sin mucho trabajo logró proporcionarse los recursos necesarios para equipar tres pequeñas embarcaciones, y tripularlas con ochenta marineros y ciento cincuenta soldados; cruzó el Atlántico, y costearo la Florida, desembarcó á orillas

de un río distante unas quince leguas del Mayo. Los españoles, en número de cuatrocientos, estaban bien fortificados, principalmente en el gran fuerte que empezaron á construir los franceses, y que ellos terminaron después. Dos leguas más abajo, hacia la boca del río, habían levantado dos fortines, defendidos por ciento veinte hombres, perfectamente provistos de artillería y municiones. Gourgues, aunque informado de su fuerza, avanzó con resolución, y auxiliado por los indígenas, dió un vigoroso asalto á la plaza. De sesenta españoles que había en el primer fuerte, solo quince lograron escapar con vida: los del segundo perecieron también. Del tercer fuerte salió una compañía, que fué arrollada y destruida, en términos, que todos sus soldados quedaron tendidos en el campo de batalla. Entonces les fué fácil á los franceses apoderarse de la última fortaleza. Los españoles que sobrevivieron, quedaron prisioneros, con los quince que se libraron de la matanza en el primer fuerte. Los vencedores llevaronlos consigo, y los colgaron de las ramas de los mismos árboles en que tres años antes estuvieron colgados los franceses. Gourgues, en desquite del cartel que había fijado Melendez en el lugar de la ejecución, dejó otro sobre los cadáveres de los españoles, con la siguiente declaración: «No se les ahorca como á españoles ó marineros, sino como á traidores, piratas y asesinos.»

Habiendo arrasado los tres fuertes, y no encontrándose con fuerzas suficientes para permanecer en el país, Gourgues 1568. regresó á Francia en mayo de 1568.

Tal fué el término de los esfuerzos hechos por los protestantes franceses para fundar una colonia en la Florida. A haber sido la Francia bastante poderosa y previsora para proteger á sus hijos en esta tentativa, habría podido crear á muy poca costa un floreciente

imperio en el Sur, antes que la Inglaterra hubiera ocupado allí un solo palmo de terreno. Empero, no lo hizo así, y en su consecuencia, España conservó todos sus derechos á la indisputada Florida.

Las largas y sangrientas luchas entre protestantes y católicos, que desolaron la Francia durante la segunda mitad del siglo xvi, fueron el principal obstáculo que se opuso á aquella nación para que llevase á efecto con buen éxito ninguna tentativa de colonización en el nuevo mundo.

El advenimiento al trono de Enrique IV, su adjuración del protestantismo, y especialmente la promulgación del edicto de Nantes, que aseguró la libertad civil 1598. y religiosa á los hugonotes, restablecieron la paz y la prosperidad en Francia. La prudente y hábil administración de Sully fomentó las artes, la industria y el comercio. Confirióse al marqués de la Roche, en 1598, la comisión de posesionarse del Canadá y otros países comarcas, «que no hubieran sido poseídos por ningún príncipe cristiano;» pero fracasó completamente la empresa.

Al fallecimiento de la Roche, Chauvin, oficial de marina, y Pontgravé, comerciante de San Maló, emprendieron, con grandes utilidades, el lucrativo comercio de peletería, sin que por entonces hiciesen nada en punto á colonización. 1600.

En 1603, formóse en Ruan una compañía de comerciantes, organizando al momento una expedición, que salió al mando de Champlain, oficial hábil y experimentado.

Este hombre célebre, después de un maduro exámen en su esmerada exploración, eligió el sitio que hoy ocupa Quebec, como el más á propósito para erigir una fortaleza. 1603.

En aquel mismo año se otorgó una patente al célebre De Monts, caballero hugo-

nóte y gentil-hombre de cámara del rey, concediéndole la soberanía de la Acadia, desde los cuarenta hasta los cuarenta y seis grados de latitud norte, es decir, casi desde la latitud de Filadelfia hasta el Cabo Breton, al norte, juntamente con el monopolio del comercio de peletería.

En 1604, zarpó para su destino la expedición, compuesta de cuatro buques. Pou-trincour, oficial de la misma, obtuvo permiso para permanecer en el puerto, al que dió el nombre de *Port-Royal*, actualmente Annapolis.

Champlain, despues que hubo explorado la bahía de Fundy, descubrió un rio, al cual apellidó de *Saint-Jhon* (San Juan), y eligió localidad para una colonia en la isla *Sainte-Croix*, situada en el rio del mismo nombre. Empero, la localidad no era muy útil al intento, y en la primavera del año siguiente tuvo que trasladarse la colonia á *Port-Royal*.

Esta fué, en rigor, la primera colonia que establecieron los franceses en el continente americano.

Las hostilidades de los indígenas en la costa, hacian bastante peligrosa toda tentativa de colonizacion en las cercanías del Cabo-Cod; pero durante los diez años que siguieron á la fundacion de este establecimiento, lograron los jesuitas convertir á muchos de aquellos naturales al catolicismo, dulcificando de este modo sus costumbres agrestes y feroces, y haciéndoles mirar con menos prevencion á los europeos.

Cuando se hubo revocado el privilegio concedido á De Monts, una compañía de comerciantes de Dieppe y San Maló fundó la ciudad de Quebec. Debióse este suceso á Champlain, quien no solo proyectó la citada fundacion, si que tambien exploró en el año siguiente y fué el primero que penetró

en el hermoso lago que lleva hoy su nombre, y que eternizará su memoria. Este hombre perseverante y enérgico, estuvo sujeto á duras pruebas, y padeció horribles aficciones que paralizaron sus esfuerzos por establecer el dominio de sus compatriotas en el *Saint-Lawrence*, muriendo, finalmente, en el año de 1635.

A consecuencia de las exploraciones llevadas á cabo por Champlain y otros compatriotas suyos, los franceses alegaron su derecho al estenso territorio comprendido en la América interior, que juntamente con el Canadá y la Acadia, tomó el nombre de *Nueva Francia*.

Al terminar el presente capítulo, en el cual hemos procurado trazar un bosquejo de algunos de los primitivos viajeros y descubridores, á quienes las generaciones venideras deberán un inmenso agradecimiento, nos parece oportuno citar las siguientes palabras de Bancroft: «Tales fueron los viajes que mostraron la senda que habia de seguirse para la colonizacion de los Estados-Unidos. La osadía y destreza desplegada en el Océano por los primitivos aventureros, merecen la mas profunda admiracion. Ignorábase completamente cuáles eran las dificultades que se ofrecian para cruzar el Atlántico, y se requería sumo valor para arrostrar los peligros que abultaba mas y mas la ignorancia. La índole de los vientos y corrientes reinantes era totalmente desconocida. La posibilidad de hacer una travesía directa, no fué descubriéndose sino gradualmente. Los peligros imaginarios eran infinitos, y grandísimos los verdaderos. Los bajeles empleados en un principio para el descubrimiento, median por lo comun menos de cien toneladas. Frobisher navegó en uno de ciento veinte y cinco solamente. Dos de las carabelas de Colon carecian de puentes, y tan arriesgados

se consideraban entonces estos viajes, que antes de embarcarse los marineros, acostumbraban practicar solemnes actos de devocion, cual si se preparasen para la eternidad. El terror que inspiraba el Océano, no carecia de fundamento. Colon naufragó dos veces, y una de ellas permaneció ocho meses en una isla, sin comunicacion alguna con el mundo civilizado. Hudson fué arrojado en un esquife, y abandonado á merced de las olas, por

una tripulacion amotinada y exasperada con los padecimientos. Willoughby pereció de frio: Robertval, Parmenius, Gilbert y muchos otros, se fueron á pique. Tal era el estado de la náutica, que la mayor intrepidez y habilidad eran impotentes contra los elementos, sin el auxilio y amparo del cielo.» (*)

(*) *Historia de los Estados-Unidos*, por Bancroft, tomo I, pág. 115.